



Ser mujer y madre. Dolor, género y experiencia teologal en el caso de Christine Collins

Manuel David Gómez Erazo¹

Resumen²

El caso de Christine Collins fue expuesto en la película *Changeling*, *El sustituto*, dirigida por Clint Eastwood y protagonizada por Angelina Jolie y John Malkovich estrenada en los cines en 2008, basada en una historia real acontecida en 1920 en Estados Unidos: los asesinatos en el gallinero de Wineville, donde desaparecieron decenas de niños.

El presente análisis de la producción cinematográfica es una aproximación al padecimiento de una mujer madre, víctima de una sociedad patriarcal que legitima todo tipo de ultrajes y torturas. Desde esa mujer como espacio social y teológico puede identificarse la presencia de la Divinidad que actúa y transforma lo histórico y lo

humano. El transcurrir de una serie de situaciones muestra las oportunidades en medio de dolores constantes; es una historia llena de acontecimientos salvíficos. Es la historia de Christine Collins y de muchas mujeres. Es una historia de salvación.

Palabras Clave

Género, poder, manipulación, patriarcado, misógino

¹ Manuel David Gómez Erazo. Profesor y encargado de la jefatura de Teología y Estudios Bíblicos de Uniclaletiana, con estudios en Filosofía, Teología y Ciencias Bíblicas de la Universidad Santo Tomás y Uniclaletiana en Colombia y de la Universidad Bíblica Latinoamericana de Costa Rica.

² El texto se basa en un trabajo sobre acompañamiento pastoral desde una reflexión intertextual presentada durante una sesión sobre Cine y Teología con una comunidad de fe en San José-Costa Rica.

Introducción

Algunos aspectos del caso permiten abordar, desde el dolor de Christine, múltiples facetas del problema de género atravesado en la narración cinematográfica con una gran oportunidad de reflexión, según algunos aspectos teológicos encontrados en la resiliencia de la protagonista.

Es un ser humano ante un sistema social estadounidense con dos características en especial que marcarán su dificultad: es mujer y es madre permanentemente ultrajada, torturada y psicológicamente manipulada de forma negativa por una sociedad dominada por el varón.

El drama de Christine empieza con la desaparición de su hijo; la policía, encabezada por el capitán Jones, la obliga a recibir a un niño tratando de convencerla de que es el suyo. A partir de ahí se desenvuelve toda su dificultad personal, su constante demanda de búsqueda y el duelo permanente. La desaparición de su hijo la lleva a un sinnúmero de situaciones que le implican enfrentar al sistema en todas sus instancias -social, judicial, cultural- y a enfrentarse a sí misma y a su propia conciencia sufriendo la contradicción de tener un niño que no es su hijo.

La madre, Christine, se encuentra en un sistema social complejo. La inicial intervención y análisis del pastor de la Iglesia Presbiteriana, Gustav Briegleb, quien es bastante directo, resume las dificultades vividas por la interpretación de la ley y la actuación corrupta de la policía. Es un gesto de solidaridad a favor de la madre porque la policía dispone de la vida humana en último término.

Pero, inmersa en el drama, también demuestra ser una mujer valiente. A medida como va siendo consciente del engaño enfrenta una y otra vez a la policía que la manipula e insulta; al cuerpo médico que la obliga a reconocer a un hijo ajeno; a un manicomio que la recluye “diagnosti-cándola” como loca y la tortura, cuando la realidad es contraria, porque es este sanatorio el reflejo de una sociedad misógina, enferma con lo femenino, sedienta de injusticia. Entre sus paredes sólo hay mujeres acusadas por resistir a la institución legal.

Mientras esta mujer-madre es ultrajada en su conciencia y en su cuerpo por el sistema opresor, ocurren situaciones que, en próximos momentos, ayudarán a esclarecer el problema. Entre tanto, un detective encuentra y atrapa a un adolescente ilegal escondido en un rancho de Wineville, su nombre: Sanford Clark. El joven decide confesar lo que sucede en el rancho, pero el detective cree que es una treta para librarse de ser deportado al Canadá. Dice

estar amenazado por su primo, un asesino que atrae a menores para matarlos y quien lo obliga a buscar y recoger juntos a las pequeñas víctimas. Se trata de Gordon Stewart Northcott.

Todo se suma a favor de Christine Collins: las pruebas en contra de la policía, un abogado desinteresado, un pueblo que pide justicia, las mujeres victimizadas, una iglesia profética. Es ella, una mujer-madre que reclama justicia. Y se la reconocen. El fallo es a su favor. El capitán Jones es suspendido de su cargo y al criminal lo condenan a pena de muerte. Pero, esclarecido el caso, Christine aún no sabe qué pasó con su hijo.

Sin embargo, no obstante, el vacío producido por la pérdida de su niño, suma varias victorias. Con su fortaleza logra esclarecer toda la intriga vivida al interior de la policía y permitir procesos de justicia y reparación para las víctimas de otras familias que perdieron a sus hijos y, además, reivindica a las mujeres en una sociedad misógina que las descarta y anula.

Cuando todo este suceso termina, Christine no pierde la esperanza de ver a su hijo algún día. Su duelo continuará abierto y su historia, también.

Christine Collins: su cuerpo victimizado muestra los reflejos de su época

Luego de un análisis detallado sobre las distintas personas, grupos e instituciones, y la calidad de relaciones tejidas entre ellos, se observan varios detalles que reflejan los temas emergentes a tratar:

- Grupo de mujeres: misoginia institucionalizada, opresión de las mujeres por su género, condicionamiento y control de la identidad, sometimiento vs. Empoderamiento de las mujeres (conciencia de género), diversidad entre mujeres, influencia sociocultural sobre la identidad de las mujeres, redefinición de la identidad femenina, derechos ciudadanos.
- Cuerpo médico-hospitalario: violación de la ética profesional médica, misoginia institucionalizada, violencia emocional y corporal sistemática e instrumental, abuso de poder y estado de ilegalidad.
- Cuerpo policial: falsificación ideológica, terrorismo institucional, violación de los Derechos Humanos, misoginia institucionalizada, abuso de poder y estado de ilegalidad.
- Sistema judicial: desprotección legal de la población civil, desigualdad de derechos civiles y jurídicos, legalización de la muerte como sanción.
- Niñez: paternidad y maternidad irresponsables, violación de los derechos de la niñez, solidaridad, valentía y resiliencia infantil, deserción, complicidad y delincuencia infantil, capacidad infantil para la recuperación.

El análisis de estos núcleos centrales de contradicciones evidencia varios aspectos generadores. Es necesario afirmar, dentro de las dificultades observadas, que se identifican con claridad la violencia institucional, las relaciones de poder y la diferencia por condición de género. Pero, existe una relación orgánica: la violencia en la institución refleja los problemas de poder en su interior, al quedar claras las posturas jerárquicas que organizan; una de esas expresiones de violencia y poder de dominio se da en las diferencias por condición de género que, invariablemente, implican injusticias.

La reflexión debe iniciarse con un dato central, la sociedad es patriarcal. Es muy claro el medio que rodea a la madre en una sociedad llena de hombres que establecen las reglas; allí vive y es el patriarcado la cultura que impone las formas de pensar reproduciendo en la sociedad sus deseos.

El caso, es un permanente grito de la mamá por su hijo repitiendo, incansablemente, a lo largo del drama, su deseo de volver a tenerle. En la primera parte de la historia puede estar marcada la clave de la película: la dificultad del hijo está en la carencia de ejemplo paterno sobre el valor de la responsabilidad.

El drama se inicia con la cotidianidad de la madre y el hijo; en pocas palabras, la imagen de las dos personas débiles de la sociedad: la mujer y el niño. Ambos sostienen un diálogo permanente sobre sus vivencias; ella le transmite a su hijo su propia cosmovisión. Es la escena del diálogo entre dos grupos que sufren en la sociedad patriarcal negadora de la vida.

En un momento, el niño menciona su pelea con un compañero por una ofensa. Le dijo que su padre no lo ama y por eso su ausencia. La madre le explica que la palabra “responsabilidad” produce temor; el pequeño anota: “papá es un tonto” y la madre concluye: “lo mismo pensé”.

Ahí, en ese factor, se desarrollan los puntos de encuentro y desencuentro entre la madre y la policía, la institución agresora. Se le impone a Christine, a través de un buen manejo del discurso y el mito, un pensamiento que la confronta con su responsabilidad al no admitir “el sustituto” como hijo suyo. Pero ella reclama. Desde una perspectiva de género, el régimen patriarcal no se responsabiliza por la pérdida de su hijo.

Por esta razón, Christine Collins es abusada, manipulada negativamente, dominada, ultrajada; también es el motivo para ella responder con ímpetu a las acusaciones del capitán Jones; su comportamiento parece no encajar en los modelos femeninos de la sociedad porque evita responsabilizarse con el supuesto hijo. Este es un momento histórico para la causa de la mujer.

En esta reflexión es difícil separar, totalmente, cada uno de los temas generadores para identificar su propia esencia por la unión orgánica comentada y la reacción en cadena que implica su interrelación.

Observaciones sobre las instituciones, el poder y las mujeres

Cuando las organizaciones matan. Miradas desde la violencia institucional

Es evidente la situación con Christine Collins. El dominio de todas las esferas ejercidas por el patriarcado se refleja en el momento de la entrega del niño sustituto a la madre. El capitán Jones está pendiente de la reacción de la prensa y de las posibles publicaciones; les permite entrar a los periodistas cuando todo está bajo control (esfera de lo público) y luego, le impone a la madre, abusando de su emoción, la maternidad de un hijo que no es suyo (esfera de lo privado). Pretende ser una relación absoluta.

Las instituciones existen para perdurar y controlar modelos sociales. La psicóloga Mireya Baltodano señala a las instituciones como “formaciones de la sociedad y de la cultura, instituidas por la ley y la costumbre, que regulan las relaciones y que buscan perpetuarse” (2002, p.157). Parte de esa regulación se ejerce a través de la homogeneidad y la uniformidad de los miembros. La autora reflexiona desde el ámbito eclesial:

Al mismo tiempo, la iglesia, como toda institución social, tiende a reducir lo heterogéneo para aventajar lo homogéneo, alrededor de principios éticos y religiosos comunes. Hay una tendencia institucional a evitar la disonancia y a promover la indiferenciación de sus miembros. La cohesión se logra mantener cuando sus miembros renuncian a partes de su individualidad por una causa común. En las iglesias, las individualidades se posponen más fácilmente por razón de la fe, la autoridad bíblica, el concepto de lo sagrado, la ética, lo doctrinal y la utopía cristiana (p.155).

Cierto esto en el ámbito eclesial es curioso en el caso de Christine Collins; estas características se ven en otras instituciones y la Iglesia, que permanentemente la apoya, propone otro paradigma en su época. Planteado en otro contexto, es oportuno el análisis de Baltodano. La iglesia sale de los tradicionalismos y rescata su esencia profética enfrentando a la policía, cumpliendo un rol mediador e integrador. Defiende la maternidad de Christine sin ser ella presbiteriana, no le exige formar parte de la congregación para ser respaldada. Es una Iglesia clara en su opción de fe en defensa de la justicia. El capitán Jones, quien representa a la policía, no tiene reparo en mostrar el desprecio por el pastor Gustav. Existe un enfrentamiento entre institución “institucional” (policía) e institución “instituyente” (Iglesia).

Contrariamente, el cuerpo policial y el cuerpo médico, como instituciones, optan por lo homogéneo e imponen principios éticos para garantizar su homogeneidad, no cumplen (y supuestamente lo hacen) con el rol mediador e integrador como deberían hacerlo en vez de ejercer violencia y abuso de poder. ¿Por qué no pensar, también, que imponen principios religiosos? Son establecimientos que pretenden ser incuestionables, como se observa cuando el director del manicomio dice a la madre, en medio de confusiones, creando un ambiente privado y personal de seguridad (¿sagrado?), que la policía existe para cuidarla y la rebeldía de ella obliga a proceder con severidad.

Evitan la disonancia con violencia... en el manicomio todas las mujeres son iguales y se visten con sus batas blancas. La institución perpetúa los esquemas míticos para sustentar su poder y actividad.

La sociedad patriarcal introyecta en las mujeres, a través de sus instituciones, el comportamiento “natural y correcto”; como diría Christine a la prostituta reprochando sus expresiones vulgares: “una dama no se expresa así”. Pero la prostituta argumenta que a veces es necesario hacerlo. ¿Ese diálogo expresará un enfrentamiento entre la postura del sistema que introyecta comportamientos en la mujer y la postura rebelde en la conciencia de las mujeres libres representada por la prostituta?

Ella se resiste y lo demuestra a través de tres confrontaciones directas con el policía. Luego de las confrontaciones y la discusión, donde se impone el pensamiento del cuerpo de la policía sobre la maternidad y el cuerpo de Christine, ella es acusada por el capitán quien la escolta, contra su voluntad, a un pabellón psiquiátrico. El régimen patriarcal dominante no permite ser cuestionado porque debe cuidar su imagen y buen nombre.

Existen nexos entre las instituciones para oprimir y poder reproducir la concepción de vida necesaria en un régimen patriarcal. La madre es manipulada negativamente con el discurso intencionado del médico quien le asegura que ese niño es su hijo.

La explicación que no pudo ofrecer el policía lo llevó a recurrir al galeno de la institución, quien justifica las diferencias físicas en el crecimiento del menor gritando contra la madre que la policía sabe reconocer a los niños porque tiene expertos dedicados a esa tarea; el médico coordinador del sanatorio obliga y manipula a la madre para que firme y dé falso testimonio escrito a cambio de salir del sanatorio.

Toda persona que piense diferente a la institución opresora es sloganizada³ (Freire, 1967, p.163), como en el caso de Christine, tildada de irresponsable y “loca”. Ella solo pide sin cesar, ayuda para encontrar a su hijo.

Cuando el fuerte domina. Miradas desde las relaciones de poder

¿Cuándo se genera la violencia? Realmente, si se parte del presupuesto de la organización patriarcal, hay que resaltar que una de las características no es el ejercicio del poder como tal, sino el significado del poder. Es un poder de dominio. Un poder que establece “relaciones sobre”, planteando superiores, naturalizándolos y culturizándolos. El patriarcado niega todo pensamiento diferente mediante el uso de la violencia, dominando lo público y lo privado. Debe cuidar su buen nombre y controlar las relaciones humanas. Mireya Baltodano ayuda a complementar:

(...) indiferencia, fundamentada en la creencia de que los hombres no tienen problemas ni necesitan cambiar; con evitación y ausencia de visión crítica al patriarcado, al considerar que el género es un “asunto de mujeres”; con apoyo condescendiente en cambios superficiales, cooptando las nuevas ideas; o con temor, cuando se tocan poderes institucionales... enmarcado en la ideología patriarcal. La Iglesia también toma esta mirada: “Una premisa eclesial durante siglos ha sido considerar ley natural y divina a “lo femenino” y “lo masculino” creado culturalmente a pesar del revolucionario mensaje de Jesús y su práctica liberadora” imponiendo esta mirada, incluso, con violencia (2002, p.156 y 157).

Es necesario aclarar que el poder no es malo en sí. El problema es la utilización; lo propio del patriarcado es dominar generando abuso de autoridad, de poder y opresión social. Esas expresiones de abuso de poder develan el grave problema de desigualdad existente en la sociedad y generan otro tipo de relaciones basadas tanto en la desigualdad, como en el género y sobre las cuales, más adelante, se hará una reflexión. De nuevo, la psicóloga Baltodano observa: “El abuso de poder en unos denota la falta de poder en otras, de manera que el empoderamiento individual es un proceso interrelacional, que al mismo tiempo mueve lo estructural colectivo de la institución” (2002, p.165).

Es el poder del desempoderamiento construido en las relaciones patriarcales. Ese poder es notorio a la hora de reprimir al otro y a la otra. Cuando se reprime se anula a la otra persona; se le impone un criterio, normas, contro-

les; se inferioriza, sentencia y castiga atentando contra la vida y su expresión. Con el poder de dominio se interviene en la vida de los otros y las otras y se decide por ellos. A Christine Collins la obligaron a aceptar a un niño ajeno como si fuera propio.

Otros ejemplos se notan cuando se le impide hablar al producirse la primera noticia. El comandante James Davis no le permite quejarse, le mira con sarcasmo por dejar a un policía hablando solo y comenta que es un comportamiento propio de mujeres. Al igual que el médico psiquiatra quien la calla directamente con la clásica onomatopeya y el gesto para pedir silencio poniendo el dedo índice sobre la boca obligando a callar; gesto irrespetuoso y violento contra quien habla para evitar su defensa, invalidando su pensamiento, en medio de un enredo retórico para demostrar que está loca y no vale la pena escuchar o garantizar la credibilidad a una enferma mental.

¿Estaba Christine Collins realmente loca? Es oportuno evocar a la biblista y teóloga Violeta Rocha para justificar el problema de poder que esloganiza a quien piensa diferente: “¿Realmente, qué es la locura? A las mujeres que se han atrevido a transgredir los límites establecidos se las ha estigmatizado como locas o con delirio. ¿Cuerpos-mentes escindidos o realmente viviendo la realidad violenta? ¿De cuál locura o delirio estamos realmente hablando?” (s.f., p. 11).

Viéndolo positivamente, sí está loca. Loca porque se resiste, porque no cree, porque reclama, porque exige, porque grita la vida de su hijo. Loca porque su emoción la mueve. Loca porque desea y empieza a construir una realidad diferente. Pero, buscando una explicación a la pregunta de la autora, ¿es esta loca a quien se refiere la violenta institución patriarcal?

Christine, a pesar de la decisión que va construyendo a lo largo del drama, es la imagen del dolor, la impotencia, el miedo y la inseguridad propios de una mujer cuya vida es controlada e intervenida por el poder de dominio ejercido en el patriarcado coyuntural. Se apropian de su libertad e integridad. Se utiliza la violencia para imponer el poder de la autoridad hasta volverse autoritarismo. Pero ¿por qué torturar y agredir físicamente? El ensayo de Violeta Rocha contiene palabras suficientes para responder contundentemente: “El propósito de la tortura y de infligir dolor físico es precisamente aniquilar las fuerzas, la dignidad humana, la resistencia, hacer sucumbir los cuerpos” (s.f., p.9).

³ Paulo Freire acuña el término para referirse a la acción manipuladora propia de una praxis no revolucionaria en un liderazgo negativo que busca crear relaciones de dominación.

Sin embargo, a Christine los otros grupos, personas e instituciones que la impulsaron en su rebeldía, le indican otro camino, el empoderamiento. Es en esta percepción que se restablece de cada golpe y sigue adelante con su proyecto. Ella, empoderada, se opone al patriarcado de la institución policial corrupta y al del sanatorio. No busca dominar; pretende la participación de otras personas (poder “para”), la solución compartida para otras mujeres y niños que sufren (poder “con”) y para resistir las torturas físicas y psicológicas (poder “desde adentro”) haciendo frente al poder controlador y patriarcal, torturador y asesino de la policía y del sanatorio (poder “sobre”).

Cuando la mujer es víctima. Miradas desde la desigualdad por condición de género

Pierre Bordieu instala con la expresión violencia simbólica esas características masculinas y femeninas justificadas dentro de una supuesta ley natural (Citado por Rocha, s.f., p.1). El caso de esta mujer-madre es expresión de esta violencia simbólica cuando recibe en su corporalidad muchas formas de agresión por género, física, psicológica, laboral e incluso sexual. Puede ser sexual si se comprende el término no sólo desde lo genital, sino en todo el sentido de la palabra y lo que implica la experiencia de un cuerpo torturado.

Sin embargo, es posible remitirse a lo sexual-genital al recordar a Christine ingresada violentamente al manicomio. La desnudan, atropellan, humillan y otra mujer, una enfermera, “examina” con agresividad su vagina. El rostro de Christine refleja sufrimiento y humillación. Sin utilizar armas o palabras, más que un “acto sexual”, es el ejercicio del poder opresor que ultraja el cuerpo. Mujer violenta y mujer violentada resumen la relación de poder opresor establecida por una institución patriarcal controladora, violenta, productora de víctimas.

Volviendo sobre el abuso y el maltrato por el ejercicio del poder para contextualizar y sintetizar, sobre la imposibilidad de analizar estos aspectos generadores de forma absolutamente independiente por la relación que existe entre ellos, comenta Violeta Rocha:

Desde una perspectiva feminista se considera que el maltrato, el abuso, tiene su origen en los valores culturales patriarcales que llevan a algunos hombres, o un colectivo de hombres como los ejércitos o paramilitares, a tratar de someter a las mujeres sean parejas, ex parejas o un grupo de mujeres representativas de una identidad o etnia particular. En estas relaciones de maltrato, abuso, se da una escalada de violencia con el propósito de generar y mantener el control usando los medios para someter y vigilar esos cuerpos de mujeres (s.f., p.7).

La sociedad es patriarcal; es manifiesto el estrato privilegiado de hombres controladores de la economía, el gobierno y la vida cultural y funciona como un grupo determinante de las condiciones de vida para las demás personas. Por lo tanto, un estudio de la perspectiva de género permite comprobar que la conducta de una persona no la dicta su estructura biológica, sino que obedece a una estructura sociocultural impuesta, en este caso por el macho social. Pensar que las mujeres son débiles y emocionales es un error propio de una sociedad que atribuye cualidades específicas y únicas a cada sexo. El comportamiento varía según la cultura, la clase, la región y la época en la que esa persona vive.

La perspectiva de género posibilita el estudio y el análisis de la realidad social, en la cual hombres y mujeres responden a unos parámetros culturales, políticos, religiosos y económicos construidos mediante las relaciones de poder y la división social de lo privado y lo público, propiciando así una sociedad organizada de forma sexista y androcéntrica y afectando, profundamente, la dinámica de la vida equitativa y justa que debe propender por un pleno desarrollo de todos los seres humanos, sin motivar exclusiones de ninguna especie.

En la sociedad de Christine Collins es obvio el paradigma imperante de varón: él manda, protege, denuncia, agrede, impone, piensa, ampara, construye cultura y modelo de comportamiento. En ese ambiente patriarcal agresivo, Christine lucha por el regreso de su hijo. Esa lucha, como llamaría alguna perspectiva de género al potencial de despliegue, es obstaculizada por una institución que presenta y reproduce la cultura patriarcal. Tal potencial como lo definen Nubia Inés Castañeda y Gonzalo de la Torre, CMF “(...) consiste en la demostración de las posibilidades que tiene el sujeto de realizarse, y de las oportunidades que puede tener para desarrollarse plenamente como persona humana, es decir, el derecho que tiene de acceder a una vivencia que le dignifique” (2002, p.44).

La institución policial obstaculiza y niega el derecho de la madre, la ignora y la desconoce como sujeto, como persona humana. Ejerce violencia a partir de la desigualdad, no de la diferencia. Oportunamente, identifica Mireya Baltodano en su análisis sobre la violencia de género en las iglesias, aplicable al contexto mencionado: “las desigualdades de género -no las diferencias de género- pueden alcanzar matices de violencia, en actos de agresión contra las mujeres o en manifestaciones misóginas” (2002, p.153).

El patriarcalismo de esa sociedad presenta varios sistemas que lo configuran y se pueden identificar. Castañeda y De la Torre hablan sobre cómo el sistema patriarcal marca la corporalidad de las personas oprimidas configurando y entrelazando las relaciones de género y se alimenta de ellas creando redes articuladas que someten a la mujer para que padezca violencia y la reproduzca. Con la visibilización de cuatro ámbitos (p.44 y 45) se propondría, incluso, un método para identificar esta situación social, que en el caso de Christine Collins configura todas las esferas de su vida:

- Un macrosistema. Creencias y valores culturales generales. Dicho e ilustrado con las palabras de la prostituta Dexter: todos ellos lo saben, las personas son emocionales y cabezas huecas. Es impuesta la obediencia mediante el miedo, la tortura y la represión.
- Un exosistema. Legitimación institucional de la violencia y de sus modelos para orientar la ideología del macrosistema. Aquí está el papel fundamental de la institución policial conocedora del comportamiento de la mujer de su época: usted es irresponsable... no quiere reconocer a su hijo... quiere deshacerse de él porque perdió la libertad (que antes no tenía) ... quiere que el gobierno le críe a su hijo evadiendo su responsabilidad como madre.
- Un microsistema. La historia familiar, la vivencia cotidiana, el autoritarismo, la distribución de poder de acuerdo con estereotipos. En varias ocasiones se ve este comportamiento. En el hijo propio seguro de saber “cuidarse solo”; en el hijo sustituto que no contesta ni voltear a mirar a la madre ante sus peticiones; en las descalificaciones de los policías por su comportamiento “irregular”.
- Ámbito individual. Se sostienen pautas aprendidas consolidadas socialmente. Constantemente, ella encara a la policía por imponerle un hijo no suyo; su reacción física es de recogimiento y pena. Afirma a la prostituta que una mujer no se expresa en esos términos. Además, en cada círculo social había mujeres que liberaban (prostituta que empodera) o que oprimen (enfermeras en el manicomio) o que forman parte de los círculos institucionales o familiares (la secretaria de la policía, las niñas, la hermana del asesino); como también mujeres que apoyan anímicamente (compañeras de trabajo de Christine) y la prostituta decidida de defender con su propio cuerpo a la madre; en estos últimos ejemplos se crean lazos de sororidad.

Estas redes de sistemas, que configuran el tejido patriarcal, demuestran cómo un hecho de la vida cotidiana llega a ser sistemático, y cómo no es un fenómeno aislado

del total de la problemática social, en tanto que pertenece a una problemática general presente en todas las dimensiones de lo social. Todos estos subsistemas se articulan de forma dinámica.

Ahora, como institución personal puede pensarse en la actitud de Christine Collins. Sin dejar a un lado las dificultades de su personalidad, en debate entre actitudes pasivas y activas, pero sin dejar de ser víctima, parece dicente el hecho de la liberación de las mujeres del manicomio y la mirada desde la prostituta Dexter. Es una sociedad con tal poder sobre la mujer que le niega la oralidad. Christine busca otras alternativas de comunicación a través del lenguaje no verbal. Sin embargo, toda su actividad, aunque centrada en el deseo de volver a tener a su hijo, es una total visibilización de esos cuerpos de mujeres que sufren el dominio de la sociedad machista.

Elizabeth Schüssler Fiorenza sostiene que son dos los rasgos de una teología feminista. Para un puntual propósito sólo se mencionará una:

La teología feminista es una reflexión crítica. En cuanto reflexión crítica intenta desvelar el carácter androcéntrico del lenguaje religioso incluso de la investigación teológica, desenmascara la funcionalidad opresiva que juega la teología patriarcal... causa una tonalidad machista. Se trata en definitiva de transformar la teología androcéntrica, legitimadora de la opresión de la mujer elaborando una teología que contribuya a liberar al pueblo de Dios (en Castañeda & De la Torre, 2002, p.38).

Cuando habla de la lógica patriarcal presente en la literatura bíblica, Violeta Rocha asegura, francamente: “Los imaginarios sociales y patriarcales detrás de los textos bíblicos se perciben con una intensidad fuerte. Una de las tareas de la hermenéutica feminista es visibilizarlos, en ese ‘delante del texto’, para una relectura crítica de la literatura bíblica” (s.f., p.12).

Ese desvelar, esa visibilización de los cuerpos femeninos sufrientes producto de la lucha -esa denuncia- mueve hacia una inmediata, y tal vez no muy responsable, mirada personal sobre la fe: ¿Ese comportamiento de la madre podría constituir un punto de partida para elaborar una teología?

Christine Collins. Su historia también es Historia de Salvación

La historia de esta mujer-madre es un permanente surgir y resurgir de situaciones y enfrentamientos. Son las constantes respuestas crueles y duras que el sistema utiliza para

golpear a una mujer deseosa de salir adelante y de tener justicia. Ella representa una colectividad de mujeres y familias que pasan por situaciones parecidas, sea de subestimación por condición de género, como por violencia en el ámbito legal y ciudadano. Ellas quedan en un segundo plano por las dinámicas de poder de la misma sociedad que excluye⁴ a la persona diferente.

Es una intención reflexionar el drama de esta mujer en paralelo con la historia de la salvación. No para identificar en ella los mismos pasos de la historia de Israel, sino para mirar desde la fe ese aspecto teológico de su vida. El teólogo José Duque concreta la idea cuando comenta la articulación de conjunto de los movimientos salvíficos: “¿Cómo podemos apreciar una visión de conjunto de la historia de la salvación? Ello es posible, estableciendo una vinculación articulada de los movimientos salvíficos en un proceso que incluye la pre-historia, la historia y la plenitud de los tiempos” (2009, p.12).

Aunque la historia de ella puede revelar una pre-historia (madre e hijo conviviendo en el amor), una historia (la pérdida del hijo y su búsqueda en medio del dolor y la injusticia) y una plenitud de los tiempos (la madre con la esperanza de volver a tenerlo vivo) es complicado ofrecer una visión articulada del drama de esta mujer-madre como historia de la salvación en tan pocas páginas, pero se proponen temas para la reflexión. Es una mirada, como diría José Duque, para “pasar de una historia particular de la salvación a la historia total de la humanidad” (2009, p.12).

Para proceder en la reflexión se extraen algunas expresiones “teológicas” que están en el interior de la trama, manifestadas en repetidas ocasiones por varios de los personajes; serán los signos de los tiempos que marcarán el ritmo de la historia de Christine Collins. Una ilustración audaz podría hacerse desde la tradición católica: serán como misterios dentro de la observación creyente de estos sucesos⁵.

Primer misterio: “No es de nuestra congregación, pero oremos por ella”

Este momento evoca la petición del pastor Gustav Briegleb

en el púlpito, ante la asamblea de la Iglesia Presbiteriana, para orar por la madre y denunciar los atropellos de la policía. Aclara que aunque no está bautizada en el seno de su congregación la Iglesia se compromete con ella.

Al hacer una mirada de fe, esta visibilización de las mujeres puede pensarse en la teología detrás de toda esta experiencia de la madre. Es un transcurrir de situaciones que dejan ver su historia como una serie de oportunidades en medio de dolores constantes; como una historia llena de acontecimientos salvíficos, como una historia de salvación. Es la historia de Christine Collins un Kairós.

Según Paul Tillich, el sentido original de Kairós es el del tiempo oportuno, plenitud del tiempo como lo formula el Testamento Cristiano, tiempo en que se puede hacer algo, tiempo como cualidad en contraste con el *chronos* que indica el tiempo como cantidad (1984, p.443-446).

Segundo misterio: “Hicieron lo que quisieron...” libertad dada por el Señor en el Paraíso

Este momento evoca el encuentro del pastor Gustav Briegleb con Christine. Ya ha ocurrido la tragedia de la pérdida del niño Walter. Él la invita a comer a la parroquia para aprovechar y contarle las crueldades que la policía comete. Christine sólo afirma querer a su hijo. El pastor la centra en su misión liberadora.

Así como el pueblo de Israel, en cada etapa de su vida experimenta una noción de salvación diferente y tiene una sensibilidad para observar los acontecimientos salvíficos de Dios en su historia, esa mujer-madre, Christine Collins, es la expresión de otras mujeres-madres que viven acontecimientos salvíficos puntuales, experimentan *Kairoi*. La historia de ella es un permanente devenir de momentos trágicos que luego abren las puertas a la comprensión de oportunidades de vida y denuncia; de visibilización de mujeres que sufren la violencia de las instituciones que manifiestan, eternamente, poder de muerte.

Continuando el anterior planteamiento de Tillich, el sentido de *Kairoi*, plural griego del sustantivo *Kairós*, implica comprender todos los movimientos de la historia

⁴ Llama la atención que frente a la realidad de “exclusión”, en el momento de consultar en los diccionarios teológicos para empezar una reflexión, sea una palabra casi nula, así la Teología de la Liberación haya empleado esta categoría para desarrollar su pensamiento.

⁵ Sin profundizar histórica y teológicamente en el concepto *misterio* que evoca desde la tradición paulina a Jesucristo, la tradición católico-romana comprenderá y denominará tiempo después cada uno de los momentos-pasos-presencias de la vida pública de Jesús con esta expresión. Esta denominación quedó conservada en la tradición espiritual de la oración del Rosario.

puntuales que se van sumando a la plenitud de los tiempos, a la liberación integral de esa humanidad de mujeres (1984, p.443-446).

Tercer misterio: “Eso solo nos salvará”

Evoca las palabras de la prostituta a Christine dentro del manicomio, recluidas, tachadas con el código “12”, cosificadas y esloganizadas como “locas” por rebelarse contra la policía. Su recomendación para salvarse es comportarse “adecuadamente” y manejar el equilibrio emocional. Es el encuentro de dos modelos de mujer en el binomio dama-prostituta. Pero luego la prostituta la defenderá poniendo en peligro su propia vida.

La presencia permanente del pastor, y el modelo de Iglesia que representa, enfrentado a las instituciones de la policía y el cuerpo médico, no sólo muestran una imagen de modelos alternativos de institucionalidad gestados en esa sociedad patriarcal, sino otros modelos de masculinidad no inscritos en los procesos de muerte. Tanto hombres como mujeres de la historia (Kairós) que buscan salidas y oportunidades en medio de las dificultades (Kairoi) dejan transparentar, a través de sus acciones, otros modelos de la Divinidad en la lucha permanente.

Se vislumbra el Dios de la lucha, de la verdad, de la solidaridad pero, justamente, por esa solidaridad con las mujeres que sufren, Dios encarna el sufrimiento histórico de la mujer y se transparenta en la madre que busca a su hijo para salvarlo.

Cuarto misterio: “El Señor trabaja misteriosamente...”

Evoca las palabras del pastor Gustav Briegleb para Christine. La justicia parece llegar, el pueblo protesta y la apoya; se desenmascara la injusticia de la policía; el abogado la ayuda gratuitamente para salir adelante; el juez condena a muerte (dice: “morirá en la horca... que Dios se apiade”) al asesino de niños (dice el sujeto: “pedí perdón, hice penitencia, Dios me perdonó... si cometo algún pecado no tendré perdón... Dios, no quiero el infierno”). La justicia empieza a tomar cuerpo, pero su hijo aún no aparece.

A pesar de todos los enfrentamientos, de clamar, incansablemente, por el regreso de su hijo o de pedir auxilio para encontrarlo; a pesar de que el pastor intenta ayudarla a comprender la muerte del pequeño para empezar un duelo (el pastor le dice: “esperará: su hijo está con el Señor en el Paraíso); a pesar de que la mayoría de datos señalan su muerte, ella no se resigna; cree firmemente que está vivo. Se abren las puertas para una escatología.

Quinto misterio: Esperar al hijo, esperanza y escatología, “ahora tengo algo que antes no tenía...”

El detective le hace a la madre una pregunta conmovedora, de gran hondura teológica: “¿Cree que sigue vivo?” Christine le responde con una sonrisa plena y descansada: “Ahora tengo algo que antes no tenía... esperanza”. Esa palabra, es la última del drama. Luego, ella se va caminando en medio de las calles con la tranquilidad y seguridad que antes no tenía y conquistó, imagen del peregrinaje, recorrida en los textos bíblicos para mostrar la realidad de los seres humanos que se encuentran en movimiento hacia la Divinidad. Christine espera volver a ver a su hijo. Y lo que cosechó, lo que parió al final de su drama, fue su libertad. La muerte-vida de su hijo la resucitó.

El cuerpo de Christine, al final, encarnará toda una historia de luchas, de valores, de paciencia, de sufrimiento... pero su sonrisa no se apagará.

Caminos de espiritualidad para empezar a transitar

Toda la reflexión del caso implica comprender la experiencia de esta madre de familia como la síntesis de situaciones de injusticia sufridas desde su propio ser de mujer para, desde ahí, mirar múltiples casos de mujeres y madres en muchos macrocontextos. La película permite una mirada amplia de la sociedad patriarcal injusta y asesina que legitima la necesidad del terror.



Conclusiones

Asumir el cuerpo de las mujeres como presencia y encarnación de Dios, para jamás ser espacio de abuso y de muerte y ser siempre espacio para que acontezca la justicia y se defienda la vida.

Buscar y gestionar posibilidades de crecimiento personal y formación de mujeres y hombres creando redes de hermandad para expresar una Espiritualidad crítica frente a la injusticia, incluso legal.

Comprender a la mujer como espacio social y teológico desde donde se lee la presencia de la Divinidad actuante y transformante de lo histórico y lo humano; por lo tanto ella, la mujer, con su vida y sus procesos dará rostro a la clara opción parcial del Reinado de los Cielos, del Evangelio.

Saber que siempre existirá el horizonte abierto para seguir construyendo la nueva humanidad y la nueva sociedad, futuro que es objetivo dentro de una correcta comprensión de la Espiritualidad cristiana.

Crear experiencias comunitarias en la hermandad, comprometidas solidariamente con otras comunidades y personas, sin excluir a la persona diferente. La responsabilidad no se mueve por la identidad si no por la opción por la Vida.

Trazar líneas de acción colaboradoras en la transformación de la sociedad en todas sus dimensiones y ámbitos para generar cambio; nunca comprendiendo la evangelización como imposición doctrinal sino como proceso paulatino y pedagógico de crecimiento y reconocimiento de lo humanizante, de lo humano, de lo diferente.

Referencias

- Baltodano, M. (2002). Violencia de género en las iglesias, *Revista Vida y Pensamiento*, vol. 22, (1), 150-159.
- Castañeda, N.I. & De la Torre, G. (2002). *Hermenéutica bíblica con perspectiva de género*. Quibdó: Ediciones Camino.
- Duque, J. (2009). Una visión articulada de la historia de la salvación. [Manuscrito en preparación].
- Freire, P. (1967). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Editorial Nueva Tierra.
- Rocha, V. (s.f.). *Escribiendo en cuerpos rotos: ¿reconocimiento u ocultamiento?* [Manuscrito en preparación].
- Tillich, P. (1984). *Teología sistemática III*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

CAMINO

REVISTA PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL



Uniclaretiana
Fundación Universitaria Claretiana



EDITORIAL
Uniclaretiana



QUIBDÓ / COLOMBIA